

de ellos: obedecian en todo á los superiores, y guardaban el celibato, en lo que se diferenciaban de los siervos de nacimiento que se casaban: aquellos eran considerados como siervos de devocion.

16. Los cartujos, igualmente que los monges de Hirsauge y de Valle-umbrosa, tuvieron hermanos conversos á quienes daban el nombre de barbones, pero que hacian votos solemnes, y eran verdaderos religiosos. Servia este órden desde su nacimiento de modelo á las instituciones mas regulares y perfectas. Bruno, aquel piadoso canónigo de la Iglesia de Rems, que hemos visto ya levantarse contra los desarreglos del arzobispo Manasés, no habiendo podido lograr el ponerles fin, ni pudiendo tolerarlos, habia salido de la ciudad con algunos eclesiásticos de los mas virtuosos, con el objeto de abandonar el siglo para abrazar la vida solitaria. Buscando un lugar apto para la egecucion de sus designios, tuvieron conocimiento de las virtudes de Hugo, obispo de Grenoble. Estaba tambien tan disgustado este prelado de las cosas del siglo, y profesaba tanta inclinacion al retiro, que habia dejado su silla para encerrarse en el monasterio de la *Chaise-Dieu*; pero despues de haber pasado en él un año, el Papa le habia obligado á tomar otra vez el gobierno de su Iglesia. Bruno, lleno de confianza, corrió á buscarle con seis compañeros. Habia visto Hugo en sueños algunas noches antes siete estrellas que le conducian á las montañas llamadas Cartujas en las cercanías de Grenoble, en donde le pareció que Dios le edificaba una habita-

cion. Recibió á Bruno y sus compañeros como á los obreros destinados por el cielo para edificar aquel santuario misterioso. Estableciéronse por consejo suyo en el año de 1084 en medio de aquellas montañas salvages, cercadas de precipicios y de rocas que amenazaban caer y parecian impedir el subir á ellas. Hiciéronse con estas mismas rocas y precipicios una clausura natural, en donde bien pronto edificaron un oratorio y celdas para cada uno de ellos. Veneró San Hugo de tal suerte aquel piadoso asilo, que prohibió no solo á las mugeres poner los pies en las tierras de su término, sino á todos sin escepcion el distraerlos cazando ó pescando, ó llevando rebaños á pastar en ellas.

Su modo de vivir que se ha conservado hasta nuestros dias con una fidelidad de que no hallamos otro egemplar en las congregaciones de la antigüedad, era el siguiente. Distribuiales el dispensero su alimento que consistia las mas veces en pan y legumbres, y en ciertos dias en pescado y queso: el agua de un arroyuelo que corria por delante de todas las celditas era su bebida, aunque no les estaba prohibido el vino. Eran muy pobres sus vestidos, y debajo de ellos llevaban siempre el cilicio. No tenian para su gobierno mas que un prior, y el obispo hacia las veces de abad. Era tan exacto el silencio, que si necesitaban alguna cosa la pedian por señas. Congregábanse en la iglesia, como todos los demás religiosos, á horas señaladas, pero nunca fuera de éstas. No podian recibir de nadie ni oro ni plata, y

ponian en práctica esta pobreza hasta en el culto divino, en el que no hacian uso de la plata sino para el cáliz. Pero como estimaban en gran manera los tesoros incorruptibles de la santa doctrina y de la piedad, reunieron una riquísima biblioteca. Cultivaban pocas tierras, y conservaban muchos rebaños á fin de poder responder á sus necesidades con menos distraccion. Cuando se escribieron estas reglas eran solo trece monges, pero ya habia á las faldas de la montaña veinte legos bajo su conducta.

17. Habia sido el Papa Urbano discípulo de Bruno en la escuela de Rems, en donde este santo fundador, canceller entonces y maestro de estudios mayores, pasaba por uno de los mas célebres doctores de su tiempo (1). Seis años despues de la fundacion de la Cartuja, el Pontifice le obligó á pasar á Italia, y ayudarle con sus consejos en los negocios eclesiásticos. Sus religiosos, que le eran en extremo adictos, cruzaron los montes casi detrás de él; pero él les persuadió, aunque no sin trabajo, á que regresasen á su primera soledad; y él propio no pudo tolerar mucho tiempo el tumulto inseparable de una corte en que se trataban todos los grandes negocios del orbe cristiano.

18. Habiendo vacado en este tiempo el arzobispado de Regio, el Papa quiso elevarle á esta silla, pero él lo rehusó con tanta y tan convincente humildad, que no creyó Urbano que debia emplear la violencia; y aun le permitió que con algunos com-

(1) *Bibl. Labb. tom. 1. pag. 638.*

pañeros que se habia grangeado para Dios en Italia, se retirase á una tierra que Rogerio, conde de Calabria, les regaló en la diócesis de Suillace. Edificaron allí por el modelo de la Cartuja un monasterio llamado la Torre.

19. Escribió desde este á Rodulfo el Verde, preboste entonces de la iglesia de Rems, y despues arzobispo de la misma, declarándole la resolucion unánime que habian tomado de renunciar al mundo. Es fácil persuadirse por esta sola carta, de que el santo solitario no era reputado sin justicia por uno de los ingenios mejor cultivados de su tiempo, y que carecia de aquel humor salvaje que los detractores de la piedad atribuyen con tanto gusto á sus mas sabios celadores. „¿Os describiré, le decia, la hermosura del sitio donde habitamos? Es una llanura amena y espaciosa, que se dilata entre dos montañas, y en donde se traslucen praderas siempre verdes y siempre esmaltadas de flores. No alcanzo á pintaros la perspectiva maravillosa de las colinas amontonadas como por magia unas sobre otras; y menos aun la sombría frescura de los valles en que se confunden las aguas de mil fuentes para dividirse en mil distintos arroyuelos. Pasan los ojos de aquí y se detienen sobre jardines deliciosos, sobre árboles infinitamente variados, sobre frutas magníficamente pintadas. ¿Pero á qué fin presentaros el cuadro de una soledad en que el sabio prueba placeres enteramente divinos? Porque el espíritu fatigado por la meditacion y los egercicios regulares, como un arco que ha es-

tado tirante largo tiempo, necesita de reposo y de un descanso inocente."

20. Vivió San Bruno pacíficamente en su monasterio de la Torre hasta su muerte, acaecida á 6 de Octubre de 1101, dia en que la Iglesia le venera con culto público desde que Leon X le colocó con solemnidad en el número de los santos. Quiso dar á sus discípulos antes de espirar el egemplo que con tanta constancia han seguido, de odiar toda doctrina sospechosa, y principalmente los errores introducidos por los novadores de su tiempo. Haciendo su última profesion de fe con estas miras, declaró contra la impiedad de Berengario, aunque habia sido su maestro, que el pan y el vino, consagrados en el altar, son despues de la consagracion la verdadera carne y la verdadera sangre de Jesucristo. Este santo y sabio solitario, nos ha dejado muchos monumentos de su erudicion; pero á escepcion de sus comentarios sobre los salmos y las epístolas de San Pablo, y de sus dos cartas á Rodolfo y á los hermanos de la Cartuja, los demás escritos publicados en dos tomos pertenecen á Bruno de Aste.

21. Logró gran celebridad por este tiempo San Ulrico, monge de Cluny, por sus virtudes y por la coleccion de las reglas y prácticas de su monasterio. Habia visto la luz en Ratisbona de padres ilustres, quienes siendo jóven, aunque ya muy adelantado en las ciencias y en la piedad, le enviaron á la corte imperial. En ella corservó la pureza de sus costumbres, y consiguió la veneracion de las perso-

nas mas augustas, tanto por la prudencia de sus consejos, como por sus virtuosos egemplos. Habiéndole llamado á su palacio el obispo de Frisinga su tio, le ordenó de diácono, y le hizo preboste de su iglesia. Despues de algunos años de una virtud que se aumentaba á cada paso, tomó Ulrico la resolucion de abrazar la vida monástica, y desde aquel punto repartió sus bienes parte entre los pobres y parte entre sus parientes. Entró en Cluny á la edad de cerca de treinta años siendo abad San Hugo, que le ordenó de sacerdote. Empleáronle despues en diversas fundaciones de su órden en la Alemania su patria, en donde por la regularidad de la observancia adquirió en su instituto tanto aprecio como se habia grangeado en las demás provincias. Levantó entre otros el establecimiento de *La-Celle* situado como Hirsauge en la selva negra en el pais de Spira, circunstancia que le proporcionó particular amistad con el santo abad Guillermo.

Un dia que controvertian los dos sobre la manera de servir perfectamente al Señor: „vuestro monasterio, le dijo Guillermo, tiene grande reputacion entre nosotros; no se conoce aquí un modelo mas perfecto de la disciplina regular, dignaos pues de instruirnos en vuestras piadosas prácticas, y de darnos á lo menos motivo de que parezcamos todos unos, si no podemos conseguir el igualaros." Escusóse Ulrico por el pronto con que no habia pensado sino en las cosas del mundo hasta la edad de treinta años, y con que siendo extranjero, y casi bárbaro entre los

religiosos franceses , él no habia podido imponerse con tanta exactitud en las observancias de Cluny , como una persona criada desde la infancia en aquel monasterio. No obstante , añadió , os diré con gusto lo que he podido aprender en él , y le esplicó en efecto de palabra las diversas prácticas de su casa , á que difícilmente habrian llegado aquellos á quienes creía él mucho mas hábiles. Escribió despues estas conversaciones , y de ellas formó su coleccion de reglas y prácticas de Cluny , que buscaron como un monumento inestimable , no solo los monges de Hirsauge , sino tambien otros infinitos , principalmente de la alta Alemania.

22. Está dividida esta coleccion en tres libros precedidos de una carta al abad Guillermo (1). En ella se queja el autor de un abuso , que le parece ser la causa principal de la ruina de las observancias regulares ; éste era que las familias cargadas de hijos procuraban desprenderse de ellos , ofreciendo á los monasterios los que eran desgraciados por la naturaleza , de donde nacia que estos monges rara vez igualaban á aquellos que en una edad madura se habian entregado á Dios de su propio movimiento : esta especie de inválidos , no pudiendo sujetarse á muchos puntos de la regla , perjudicaban sumamente á la regularidad general.

Observaremos solo en el cuerpo de la obra , lleno de circunstancias poco interesantes para la mayor par-

(1) *Spicil. tom. 4. pag. 21.*

te de los lectores , algunos artículos por ser de mas edificacion ó mas particulares. Notamos desde luego en los usos concernientes al oficio y culto divino , que los benedictinos de Cluny habian aumentado mucho la salmodia prescrita por San Benito , principalmente la misa y el oficio de los difuntos con nueve lecciones que decian todo el año. Ocho dias despues de Pentecostes celebraban el oficio de la Trinidad , no recibido en la iglesia romana hasta cerca de doscientos años despues. Era tal por último la multitud y lo dilatado de los oficios , que no quedaba casi tiempo alguno para el trabajo de manos : así no era mirado éste sino como un egercicio de distraccion entre ocupaciones mas serias , y se reducía á arrancar las malas yerbas del jardin , y á mondar algunas legumbres , y aun esto no lo practicaban todos los dias. Trocaron en general de método , despues de una larga continuacion de años , y aun de las ideas en este punto , pues desde el tiempo de Luis , llamado el Hermoso , se acostumbraron á mirar el trabajo de manos como indigno de los religiosos consagrados por la unción sacerdotal.

No obstante , los religiosos de Cluny á pesar de lo distinguido de su nacimiento en la mayor parte , y de la opulencia de su casa , se conservaban todavía pobrememente. Era su ordinario alimento las yerbas y legumbres mas comunes , al que añadian en los dias de domingo y jueves un poco de pescado. Si mezclaban alguna grasa con las legumbres , lo hacian solo por perpetuar la antigua observancia que estribaba en

el horror á las heregías , porque estas proscribian el uso de la carne ; pero se abstenerian de ella durante el adviento , y desde la septuagésima hasta Pascua. Esta pobreza de vida que se estendió con el mismo rigor al vestido , les ponía en estado de poder hacer prodigiosas limosnas. En la distribución hecha entre otras al principio de cuaresma por una regla establecida , dice San Ulrico que ascendieron en el año en que él escribia hasta diez y siete mil pobres.

Era el silencio tan esmeradamente guardado , que á escepcion de los cortísimos intervalos de prima á terciá , y de nona á vísperas , en todo el resto del tiempo sin ninguna escepcion , en la iglesia , en el dormitorio , en el refectorio y en la cocina no se profería una sola palabra. Si era necesario darse á entender , se esplicaban por señas ya sabidas ; de estas habian formado un arte y un método ordinario para ocasiones de encuentros ú otras semejantes. Estaban sometidas á penitencias proporcionadas á su gravedad todas las infracciones de la regla ; y estas eran públicas cuando la falta habia sido cometida delante del pueblo , en cuyo caso el culpable era espuesto á la puerta de la iglesia entanto que los legos entraban á oír misa : las faltas de mas consideracion se castigaban con disciplina en medio de la plaza. Solia decir con este motivo el santo abad Hugo , que los monasterios no eran deshonorados por las faltas de los monjes , sino por su impunidad.

Es muy digno de notarse el respeto con que trataban todo lo perteneciente al santo sacrificio del al-

tar (1). Hacíase en ayunas el pan que debia servir de materia para él : se escogia el trigo por muy puro que fuese grano á grano , lavándole con mucho cuidado , y despues poniéndole en un saco destinado únicamente para este uso. Un criado de mucha confianza le llevaba al molino , lavaba las piedras y las rodeaba de cortinas : hecho esto se vestia él con un alba y un amito , molía el trigo , lavaba el tamiz , y preparaba la harina ; tres sacerdotes ó diáconos con un novicio , vestidos igualmente de albas y de amitos , despues de haberse lavado las manos y el rostro se empleaban en hacer el pan : uno de ellos desataba la harina y hacia la masa en agua fria para que fuese mas blanca , formando en seguida las hostias ; los otros dos hacíanlas cocer entre hierros grabados sobre fuego de madera seca escogida y preparada con el mayor cuidado ; y durante todo este trabajo cantaban salmos. Disponian con la misma reverencia los corporales en que se pone la hostia en el tiempo del sacrificio : solos los sacerdotes ó diáconos los podian lavar , y esto lo verificaban por el pronto metiéndolos repetidas veces en vasos con agua , que no servian sino para esto. Despues les daban una legía ligera , y los metian por último en agua blanqueada con harina muy pura. Colgábanlos para secarlos en una cuerda que se conservaba en una bolsa preciosa , y que no se sacaba sino para este uso ; y mientras estaban colgados al aire los guardaban con cuidado de que las moscas no se parasen en ellos.

(1) *Lib. 3. cap. 13.*

A fin de precaver los abusos ocasionados por los oblatos en los monasterios, de que Ulrico se queja en el principio de su coleccion, tiene éste cuidado de indicar en ella las precauciones extraordinarias con que educaban á estos niños. Desde el punto en que habian sido ofrecidos á Dios, segun las solemnidades prescritas por la regla, se les daba el hábito; pero se diferia su profesion hasta que hubiesen llegado á lo menos á la edad de quince ó diez y seis años. Con solos seis que hubiese se les ponian dos maestros para que tuviesen siempre un guarda de vista sin separarse de ellos jamás, y así iban acompañados siempre á cualquiera parte que fuesen: tenian un sitio separado en el dormitorio, y en general nadie se acercaba á ellos en parte alguna sino sus maestros. El mismo cuidado tenian de su salud que de sus costumbres: eran mas bien alimentados que los monges: gastaban lienzo en lugar de sargas; y en una palabra, empleaban tanto cuidado en su educacion, que era difícil, como dice Ulrico, que los hijos de los Reyes fuesen tan bien educados en el centro de sus palacios.

Acabó sus dias este piadoso escritor en el monasterio de *La-Celle*, por los años 1093. Perdió el único ojo que le habia quedado dos años antes de su muerte: en este estado de enfermedad y de una vejez decrepita, San Hugo le llamó á Cluny, tanto para proporcionarle el alivio y consuelos necesarios, como para enriquecer la iglesia madre con las reliquias de un hombre tan santo. Pero San Ulrico, hallando su felicidad en las tribulaciones, quiso consumir su sa-

crificio en el sitio en que el Señor habia principiado á probarle.

23. Odon ú Odart, doctor famoso del mismo tiempo, no honró menos la vida religiosa. Habia nacido en Orleans, y egercitó la enseñanza en Toul; pero la cátedra que ocupó con mas esplendor fue la de la escuela de Tournay en donde adquirió tanta fama, que corrian desde los extremos de Alemania á oír sus lecciones: manifestaba igual atencion en cultivar la piedad en el corazon de sus discípulos, que en formarlos para las ciencias (1). Sin embargo, se entregaba más á la lectura de Platon y otros filósofos mas modernos, que á la de los santos padres. Un dia que esplicaba un pasage de Boecio en que se trataba del libre albedrío, se acordó que habia un tratado de San Agustin sobre esta materia, y le hizo traer al punto. Apenas hubo leído algunas páginas cuando se penetró del todo de la santa uncion que respiraban, y exclamó: „¡ah, cuánto difiere esta santa elocuencia de nuestra verbosidad y de nuestros vanos pensamientos! Estimulados con el sonido de palabras sin objeto, y por el esplendor de una gloria precedera, no hacemos caso del alimento del alma, y nos consumimos en trabajos que nos hacen indignos de la gloria inmortal.”

Levantóse deshecho en lágrimas despues de estas palabras, y se fue á orar á la iglesia: siguiéronle sus discípulos con una admiracion que bien pronto cundió por toda la ciudad; y él sostuvo este pri-

(1) *Spicil. pag. 360. et seq.*